

PALABRAS DE JOSÉ MARÍA AZNAR
DOCTORADO HONORIS CAUSA POR LA UADE

Buenos Aires, 15.03.12

“Es un gran honor para mí recibir este Doctorado Honoris Causa de la Universidad Argentina de la Empresa. Una institución de muy larga y muy fructífera trayectoria al servicio de la enseñanza, de la economía y del bienestar de la sociedad argentina. Enhorabuena por ello.

Una institución de referencia, que trabaja para ampliar los horizontes profesionales de quienes llenan sus aulas. Para proporcionarles una educación de primer nivel en un mundo que ya no admite menos que eso.

Me siento realmente honrado y agradecido por recibir esta distinción, por la celebración de este acto solemne de investidura y por la invitación que he recibido para dirigirme a esta universidad durante unos minutos. Sinceramente, gracias.

En un acto tan importante como éste que hoy nos reúne, suele esperarse que quien hace uso de la palabra como nuevo doctor imparta una lección magistral. Es una expectativa razonable. Cuando a alguien se le distingue con un doctorado honoris causa es normal pensar que tenga algo relevante que expresar.

Sin embargo, debo decir que mi intención no es la de impartir una lección magistral. Aunque eso no significa que no aspire a decir algunas cosas relevantes.

Como todos ustedes saben, yo soy un político español. Y, precisamente por eso, prefiero aprovechar esta oportunidad tan especial que se me brinda no para impartir una lección, sino para compartir una experiencia.

Las relaciones se fortalecen cuando evitamos la tentación de aleccionarnos y cuando ponemos en común experiencias que nos enriquecen y que nos ayudan.

A lo largo de mi vida política, que es ya bastante extensa, he aprendido algunas cosas. Y una de ellas es que nunca hay dos situaciones exactamente iguales. Nunca hay dos países iguales, ni dos problemas iguales, ni dos políticos iguales.

Los países son muy distintos, y no se puede pretender gobernarlos a todos aplicando siempre una misma receta. Incluso la idea misma de receta es de muy escasa utilidad en los asuntos políticos serios.

Hay que conocer la historia; hay que conocer la cultura política; hay que conocer el fondo espiritual sobre el que tiene lugar la política de cada día para poder elegir bien en cada caso. Y hay que ser prudentes.

Las lecciones, más que recibirlas de otro, hay que saber extraerlas por uno mismo. Extraerlas de las experiencias relevantes, para adaptarlas a lo que se necesita en cada caso.

No se trata de renunciar a comunicarnos y a aprender unos de otros. Se trata precisamente de hacer posible ese aprendizaje asumiendo que tiene sus propios cauces y sus propias reglas, especialmente cuando hablamos de política.

En consecuencia, mi intención en los próximos minutos es exponer una parte de mi experiencia política. Con la idea de que sirva de ayuda a quien quiera extraer sus propias lecciones, su propio aprendizaje.

La parte de mi experiencia que quiero compartir con ustedes es la que se refiere a la gestión política y económica. Entendiendo por gestión económica no sólo lo que puede parecer evidente, sino también la transformación social y cultural que una buena gestión política y económica es capaz de impulsar en un país.

Quisiera comenzar por recordar algunos datos fundamentales que permiten enmarcar correctamente la cuestión a la que me voy a referir. Unos datos económicos importantes y muy significativos de lo que ha sido la trayectoria económica de España desde 1996 hasta 2011.

Como todos ustedes saben, esas dos fechas coinciden con la llegada al Gobierno del Partido Popular, mi partido; y con la salida del Gobierno del Partido Socialista Obrero Español, que ha gobernado España desde 2004 hasta hace apenas unos meses.

Los datos a los que me voy a referir muestran el rendimiento económico de dos etapas de gobierno diferentes. Dos maneras distintas de entender la política. Una, desde 1996 hasta 2004; la otra, desde 2004 hasta 2011.

No pretendo abrumarlos con cifras incomprensibles, pero las cifras son muy importantes cuando se trata de mostrar la verdad, más allá de la palabrería con la que en ocasiones se pretende envolver las cosas. Más cuando la política son hechos, nada más que hechos.

Pues bien, los datos que quiero recordar son los siguientes:

Entre 1996 y 2004 el número de ocupados en España pasó de 12,6 millones de personas a 17,6 millones de personas; la Tasa de paro pasó del 22,8 por ciento de la población activa al 11,5 por ciento; los asalariados con empleo indefinido crecieron un 58 por ciento, el mismo porcentaje que creció el número de mujeres ocupadas; y el número de jornadas perdidas por huelgas se redujo a la mitad.

Se logró el equilibrio presupuestario, cuando se partía de un déficit público del 6,6 por ciento; el peso del gasto social en los Presupuestos del Estado creció en 5 puntos; la recaudación por Impuesto de la renta creció un

50 por ciento; la del Impuesto de sociedades se triplicó; la del Impuesto sobre el Valor Añadido se duplicó, y el tiempo medio para la devolución de impuestos pasó de 100 días a 32 días.

Se suprimió el Impuesto de Actividades Económicas; el tipo máximo del Impuesto de la renta pasó del 56 por ciento al 45 por ciento, y se simplificó la tarifa al pasar de 18 tramos a 5; la reforma fiscal que se hizo en 1999 aumentó la renta neta de las familias en un 3,44 por ciento, y la que se realizó en 2003 la aumentó en un 1,7 por ciento más.

El número de afiliados a la Seguridad Social aumentó un 37 por ciento, y se creó un Fondo de Reserva para este fin que llegó a tener una dotación de más de 15.000 millones de euros.

La pensión media mensual creció un 50 por ciento; la de viudedad, un 58 por ciento; y la de jubilación, un 45 por ciento.

En esos mismos años, el PIB per cápita creció un 64 por ciento, lo que supuso una convergencia de 10 puntos con nuestros socios de la Unión Europea; la inflación se redujo desde el 4,3 por ciento hasta el 2,2 por ciento; la deuda pública sobre PIB se redujo en 12 puntos; la riqueza total neta de las familias se duplicó, y el tipo de interés de las hipotecas pasó del 11,15 por ciento al 3,39 por ciento.

El gasto público en educación aumentó en un 64 por ciento; el gasto público por alumno, en un 85 por ciento; la cuantía de las becas y ayudas al estudio creció en un 64 por ciento; el número de becarios del Ministerio de Educación aumentó en un 52 por ciento y el de profesores de la enseñanza pública universitaria, en un 30 por ciento.

Los kilómetros de ferrocarril de alta velocidad pasaron de 476 a 1233; aumentó en 2500 kilómetros la red de carreteras de alta capacidad; y el tráfico aéreo, en número total de pasajeros, aumentó un 62,5 por ciento.

Se duplicó el gasto en investigación y desarrollo, aumentó en un 58 por ciento el número de investigadores; y se quintuplicó el número de parques científicos y tecnológicos.

El número de hogares con ordenador personal pasó de 2 millones a más de 7 millones. Menos de cien mil hogares tenían acceso a Internet en 1996, y en 2004 eran ya más de 4,5 millones.

Finalmente, para no cansarles, el número de extranjeros que visitaron España aumentó en 17 millones. España se convirtió en el segundo país inversor en América Latina.

Todos esto es lo que permitió que España fuera uno de los países fundadores de euro, apenas unos años después de que todo el mundo lo diera por imposible. Y eso es también lo que hizo posible que la prima de riesgo de la deuda pública española por comparación con la alemana no sólo llegara a ser

de cero puntos básicos sino que en algún momento llegara incluso a ser negativa. Es decir, la deuda pública española llegó a estar mejor considerada por los mercados que la deuda alemana.

Señalaba hace unos minutos que quería exponer mi experiencia. Pues bien, mi experiencia, y es una experiencia que está corroborada por los datos, es que la disyuntiva entre equilibrio presupuestario, disciplina fiscal y responsabilidad en las cuentas públicas, por una parte, y crecimiento económico, creación de riqueza y empleo, y bienestar social, por otra, es una disyuntiva falsa.

Mi experiencia es que el control del gasto público no sólo no limita la capacidad de crecimiento de las sociedades sino que la estimula, porque eso permite liberar todo el potencial de crecimiento, todo el talento y todas las capacidades de una sociedad, que en ocasiones quedan retenidas e incluso ahogadas por un peso excesivo de la actividad pública.

Mi experiencia es que el gasto público es un gasto necesario, es indispensable para muchas cosas, es una garantía de cohesión y de solidaridad. Pero es un gasto que debe mantenerse en su justa medida, y que debe emplearse de manera que sirva para estimular las propias capacidades de la sociedad y no como sustitutivo de éstas.

Como habrán podido ver, en las cifras que acabo de exponer se combinan reformas destinadas a reducir el déficit y la deuda con programas de gasto que, dentro de un objetivo global de reducción presupuestaria, se destinan a mejorar la educación, la investigación, la sanidad, las infraestructuras, la cultura o el medio ambiente. Mi experiencia es que esto no sólo no es incompatible sino que es perfectamente coherente con una concepción no dogmática sino instrumental del gasto público.

Y mi experiencia es que el resultado español fue la creación de cinco millones de puestos de trabajo, una cifra sin parangón en el conjunto de la Unión Europea. Más de la mitad de todo el empleo que se creó en la Unión Europa, más de lo que crearon Francia, Reino Unido, Alemania e Italia.

Fue también el aumento de la renta de las familias.

Fue la reparación y el fortalecimiento del Estado de bienestar.

Fue un país de amplias y sólidas clases medias, institucionalmente fortalecido, comprometido con la seguridad jurídica y con un potencial de crecimiento muy superior al que tenía apenas unos años antes. Un país con una posición exterior fuerte y reconocida, con peso y prestigio. Influyente, que proyectaba hacia el exterior su pujanza y su orden interior. No hay mejor política externa que una buena política interna.

Una sociedad más libre, más dinámica y más emprendedora. Más capaz de asumir los desafíos de la nueva economía global y de buscar la excelencia en sus actividades y en sus procesos económicos.

Un país que era capaz de obtener más recursos a pesar de haber realizado una reforma fiscal que permitía pagar menos impuestos, porque de ese modo se incentivaba la iniciativa empresarial y se generaba más actividad económica. Se aumentaban las bases fiscales.

El resultado no fue una sociedad más fracturada ni más degradada. Al contrario. Fue una sociedad con más cultura, con más respeto por el medio ambiente, con más exigencia ética en todos los órdenes. En suma, una sociedad mejor. Un país más justo, con más oportunidades. Un país con más libertad y con mejor gobierno.

En 2004 las cosas cambiaron. Todo este proceso que acabo de explicar encontró en el nuevo Gobierno español su reverso, pese a que entregamos a los que vinieron el país más próspero de toda la historia de España y a que contaba con una experiencia de éxito de la que podía haber extraído las lecciones adecuadas. No fue así, lamentablemente.

No quiero entrar en demasiados detalles, pero sí quiero exponer algunas cifras, las principales.

A finales de 2011 la tasa de paro superaba el 21 por ciento, cuando la media de la Unión Europea se situaba en el 9,4 por ciento; el paro juvenil superaba el 45 por ciento, y el número de hogares con todos sus miembros en paro rondaba el millón y medio.

El gasto público había pasado del 38,4 al 45,6 por ciento del PIB; la deuda pública y el déficit se encontraban completamente fuera de control y la prima de riesgo con respecto al bono alemán había pasado de 0 puntos básicos a casi 450 puntos. España volvía a la recesión y al paro masivo mientras la inflación seguía subiendo, los indicadores de confianza económica se desplomaban, y las empresas concursadas y los impagos aumentaban rápidamente. Y el aumento del gasto no sólo no paliaba esto sino que lo agravaba.

Entre 1996 y 2004 creamos 5 millones de empleos. Entre 2004 y 2011 destruimos más de 5 millones de empleos. Entre 1996 y 2004 controlamos el gasto y generamos bienestar; entre 2004 y 2011 se disparó el gasto y eso no trajo más que malestar. Y lo que es peor, se dismanteló el tejido empresarial que podría crear riqueza y empleo de nuevo.

Esta es la situación que hereda el Partido Popular, que acaba de hacerse cargo del Gobierno de España, después de que los españoles le otorgaran abrumadoramente su confianza en las recientes elecciones generales.

A esa situación no se ha llegado por casualidad. Se ha llegado porque las cosas se han hecho muy mal. La experiencia de la etapa 1996-2004 muestra que el control del gasto, la responsabilidad y la austeridad de las instituciones públicas no sólo no perjudica la viabilidad del Estado de bienestar,

las políticas de solidaridad y el fortalecimiento de las clases medias, sino que los beneficia como ninguna otra política.

Y la experiencia de la etapa 2004-2011 muestra que el gasto irresponsable y el crecimiento desmedido y sin criterio de las administraciones públicas es precisamente lo que más puede dañar a la verdadera cohesión social.

Nuestra experiencia como españoles nos dice que hay que aprovechar los años buenos para hacer reformas y para asegurar hoy el crecimiento y el bienestar de mañana.

Nos dice que es un error letal para un país consolidar como gasto estructural los ingresos que son coyunturales, que provienen de una circunstancia excepcional, de un golpe de suerte, que con seguridad no puede durar para siempre. Y como tales hay que considerar la elevada cotización de las materias primas, o en nuestro caso, una enorme expansión del sector inmobiliario.

El error no es que esos sectores crezcan y generen recursos, el error es consolidar como gasto permanente lo que se está pagando con ingresos que no pueden ser permanentes.

Los ingresos transitorios rinden su máximo beneficio social cuando sirven para poner las bases de un crecimiento permanente. Por el contrario, pueden llevar al desastre a un país cuando se usan en sentido equivocado.

Esa ha sido nuestra experiencia en España. Generamos nuevas bases de crecimiento y de ingresos, que, a su vez, empleamos para generar otras que pudieran tomar el relevo, porque sabíamos perfectamente que así es como funciona la economía.

Actuamos mediante procesos de reforma permanentes e inversiones capaces de crear nuevos empleos y nuevas inversiones. Es decir, generamos un proceso de crecimiento sostenible.

Entre 2004 y 2011, por el contrario, todo se redujo a gastar lo que se ingresaba, sin iniciar nuevas reformas y sin poner las bases del crecimiento del futuro. Y el futuro llegó, y sorprendió al Gobierno español sin haber hecho sus deberes. La herencia se dilapidó y las fuentes de ingresos se secaron.

Las consecuencias son las que muestran las cifras que acabo de mencionar.

Yo no tengo intención de extraer ahora las lecciones argentinas de la historia española. Pero estoy convencido de que la experiencia que acabo de mostrar encierra numerosas enseñanzas que se pueden extraer por quien quiera hacerlo.

Aquí, en Argentina, y en cualquier otro país. Enseñanzas acerca de la buena política y de la mala política; de la responsabilidad y de la irresponsabilidad; de cómo consolidar el crecimiento y el empleo y de cómo hacerlo desaparecer.

Extraer esas lecciones nunca es sencillo. Incluso en España ese aprendizaje ha sido un proceso lento y esforzado. Y la tarea que el nuevo Gobierno español tiene por delante es muy difícil. Es una tarea que exigirá mucho tiempo y mucho sacrificio.

Nada es gratis, y menos los errores en un mundo que avanza tan deprisa como lo hace el nuestro.

Por eso me parece que es importante tener a la vista las experiencias de otros. Aprender de ellas para no tener que pagar por ellas.

Yo, modestamente, creo que la mía y la de mi país es una experiencia que encierra algún valor para quien sabe encontrarlo.

Por eso, en el momento de recibir este doctorado honoris causa que tanto me honra, he querido ponerla a su disposición. Porque la experiencia es el patrimonio de los pueblos. Es lo que les permite no tener que empezar de cero en cada ocasión, es lo que les permite no perder el paso de la historia, aun cuando en ocasiones puedan tropezar.

Eso es lo que yo deseo para España, para mi país, y es también lo que deseo para este país tan querido para mí que es Argentina. Que sepamos ayudarnos a mantener siempre el paso de la historia”.